

CAMINAR JUNTOS HACIA LA FRATERNIDAD DE LAS HIJAS E HIJOS DE DIOS POR EL CAMINO QUE ES JESÚS DE NAZARET

Pedro Trigo, SJ*
Instituto de Teología para Religiosos (Caracas)

Resumen: La vida no está hecha; es un camino que puede llevar a la humanización o a la deshumanización. Hay que elegir el camino. Para humanizarnos tenemos que caminar con los demás en relaciones fraternas. Como cristianos tenemos que caminar juntos actuando la fraternidad de los hijos de Dios que nos alcanzó Jesús. Pero además Jesús es el camino: tenemos que seguirlo y también es la meta: vamos a su encuentro. Así seremos embrión del mundo fraterno de los hijos de Dios. En Venezuela la institución eclesial necesita una conversión para asumirse dentro del pueblo de Dios. A eso ayuda la sinodalidad que vive el pueblo cristiano, la que se dio a raíz de Medellín y el influjo del papa Francisco.

Palabras clave: Ser siendo; Relaciones horizontales, gratuitas y abiertas; Hijos y hermanos; Condiscipulos; Cristianos curas

Abstract: Life is not done: it is a path that can lead to humanization or dehumanization. You have to choose the path. In order to humanize ourselves we have to walk with others in fraternal relationships. As Christians we have to walk together acting the brotherhood of the children of God that Jesus reached us. But Jesus is also the way: we have to follow him, and he is also the goal: we are going to meet him. Thus we will be the seed of the fraternal world of the children of God. In Venezuela the ecclesiastical institution needs a conversion to be assumed within the people of God. This is helped by the synodality that Christian people live, which has occurred as a result of Medellín and the influence of Pope Francis.

Keywords: Being being; horizontal, free and open relationships; sons and brothers; ; christian curas.

*Pedro Trigo es profesor del ITER, Director del Departamento de Investigaciones; miembro del Centro Gumilla. Correo electrónico: trigodura@gmail.com.

Lo primero es comprender qué es una Iglesia sinodal, para que, teniéndolo claro y viendo qué es lo que Dios nos pide y deseándolo, podamos encaminarnos hacia ella, cambiando en nosotros todo lo que veamos que hay que cambiar en nuestro modo de vivir el cristianismo y desde este cambio personal cambiar lo que en las estructuras eclesíásticas no es buen conductor de este camino. Empecemos por el principio, es decir por explicar qué significa sinodalidad.

1 ¿POR QUÉ EMPEZAR POR EL SENTIDO HUMANO DE SINODALIDAD?

¿Por qué tenemos que empezar por ahí? Porque el cristianismo no es una religión en el sentido de un sector específico de la realidad separado de los demás, aunque con influencia en el resto. Jesús realizó su misión en la vida y sus seguidores también, aunque esta vida tenga expresiones simbólicas como el bautismo y la Cena del Señor. Y así también lo teorizó: él vino, dice, para que tuviéramos vida y esa vida abundara (Jn 10,10). Más aún, dijo que él era la vida (Jn 14,6) y que había venido al mundo para comunicarnos esa vida. Él era el plenamente humano y vino a entregarnos esa humanidad: la humanidad fraterna del Hijo único de Dios, para que también nosotros pudiéramos vivir la fraternidad de las hijas e hijos de Dios y fuéramos así plenamente humanos.

Si se trata de ser humanos, plenamente humanos, vamos a comenzar por lo que significa sinodalidad para los seres humanos. Luego especificaremos el modo cristiano de vivir humanamente.

Sinodalidad viene del griego: *syn* que significa “con”, y *hodos* que significa “camino”; por tanto, sinodalidad es la vida entendida como “caminar con otros”, “caminar juntos”. Este modo de vivir presupone que la vida es camino y no instalación, ni en uno mismo y los suyos ni en su querencia ni en el orden establecido ni en una institución sacralizada.

Pero dice además que ese camino, para que llegue realmente a la meta, es decir, a constituirnos como seres con calidad humana, no lo realiza cada quien por separado, sino que lo realizamos juntos. Si no lo realizamos juntos, podremos llegar a adquirir grandes cualidades y riqueza y poder e influencia, pero nos habremos deshumanizado. Tener grandes éxitos no equivale de ningún modo a humanizarnos.

Ahora bien, en la explicitud cristiana de este caminar juntos, se trata concretamente de caminar juntos como hijas e hijos de Dios en el Hijo y como hermanas y hermanos en el Hermano universal.

1.1. Para llegar a ser humanos tenemos que caminar y caminar por el buen camino:

La existencia humana es camino de muchos modos. Ante todo, porque no estamos hechos. Estamos humanamente abiertos. Nuestros actos nos van edificando y por tanto definiendo. Pero ningún acto, ninguna decisión, nos totaliza. Siempre podemos desdecirnos o cambiar de rumbo. El modo humano de ser es ser siendo¹. El que siempre tengamos que edificarnos, porque cuando no lo hacemos nos desdibujamos, indica que los seres humanos estamos en camino de hacernos.

Ahora bien, podemos caminar en varias direcciones: con nuestros actos podemos humanizarnos o deshumanizarnos. Los actos humanos son ambivalentes. Es decir, que nuestro camino nos puede llevar a la perdición o a la salvación, a realizarnos como humanos o a deshumanizarnos. Tenemos, por tanto, que definir nuestro camino. Pero el problema es que lo que entiende la dirección dominante de esta figura histórica por camino humano deseable es el que conduce al éxito, que no coincide de ningún modo con la realización como seres humanos cabales.

El problema se daba igual en tiempos de Jesús y le fue planteado a él reiteradamente. Para los apóstoles, si venía como enviado de Dios, su poder debía canalizarse en derrotar a los romanos y a los judíos colaboracionistas e instaurar el reino invencible de los santos de Dios (Mt 16,21-22; Hc 1,6; Lc 24,19.21). Para Jesús, en cambio, imponerse era incompatible con su humanidad y con la humanización de los seres humanos (Jn 18,36-37; Mc 10,42-45).

Lo que hizo, en cambio, fue salir de su casa, dejar su familia y su trabajo y vivir en el camino ("El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza": Lc 9,58). Pudo vivir en el camino sin angustia ni depresión porque vivió con todos, desde vivir con los que también vivían en el camino: los sin techo. Las relaciones fueron su querencia. Relaciones de entrega de sí horizontal, gratuita y abierta. Pero, si dio todo y se dio por entero a sí mismo, también recibió: todos los días recibía la comida y el alojamiento, aunque habría días en que no comió y durmió viendo las estrellas. Porque el dar y recibir era en total libertad, como expresión de amor. Con ese modo de caminar juntos instauró la reciprocidad de dones como alternativa al romano *do ut des, te doy para que me des*, que imperaba y sigue siendo lo propuesto por el orden establecido.

¹ Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*. UCA, San Salvador, 1999, 345.

El problema es que no coinciden las cualidades humanas con la calidad humana. Si nuestros actos van encaminados a la cualificación para tener mejor puesto y más riqueza y poder, y concretamente esta es la propuesta del orden establecido, cuanto más nos empeñemos en este camino, al ignorar lo que conduce a la calidad humana, de hecho, la estamos sacrificando. El problema es que en la línea dominante de la cultura occidental esto ha estado encubierto porque la meta humana ha estado absorbida por la adquisición de las cualidades que son funcionales al sistema, desconociendo cualquier otro planteamiento. Esas cualidades son las que se publicitan por doquier y constituyen muy expresamente la meta de la educación formal². Por tanto, muchos están en camino hacia la adquisición de la excelencia en cualquiera de esos campos y en mantener y si es posible incrementar la posición adquirida, cosa nada fácil por la competencia universal.

Quien vive así no vive en camino hacia su edificación como ser humano sino como miembro eximio de su cultura. Pero en ninguna cultura cabe el ser humano con calidad humana, porque en todas las culturas, al menos desde el neolítico, existen principios de jerarquización y exclusión: existe el arriba y el abajo y el adentro y afuera. Y las personas llegamos a serlo por la relación de entrega de nosotros mismos horizontal, gratuita y abierta y sin excluir a nadie³. La respectividad positiva está anclada en la constitución personal⁴. No me afirmo a mí mismo como persona, si en el acto de afirmarme a mí mismo, no afirmo a los demás⁵.

Pero ninguna cultura está estructurada a base de este tipo de relaciones. Aunque, como somos seres culturales, el camino hacia la humanización no puede hacerse sino dentro de cada cultura, transformando desde dentro lo que impide la humanización. Una postura que tiene grandes costos. Se requiere, por tanto, tener una decisión profunda, una auténtica hambre de humanidad, para persistir en ese camino.

Así pues, estamos en camino porque estamos siempre en proceso de hacernos. Pero estamos tan abiertos que nuestros actos pueden edificarnos como seres humanos o deshumanizarnos. Así pues, tenemos que elegir el

² Por ejemplo, eso es lo que se llama calidad educativa, incluso, no pocas veces, en la educación católica

³ Trigo, "Ser humano". SIC 829, nov 2020,403-414.

⁴ "Soy personalmente en la apertura a los demás. No son dos cosas ser persona y tener físicamente un ser común con los otros, sino que tener un ser común con los otros pertenece a mi modo de ser persona, definida como apertura real a mi propia realidad, vertida desde sí misma a las otras personas" (Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*, UCA, San Salvador 1999,388).

⁵ Trigo, "Afirmarse como seres humanos y afirmar a todos los seres humanos: vocación y misión de todos los seres humanos". *Iter Humanitas* 17 (en-jul 2012) 105-146.

camino que conduce a la humanización y no el que nos deshumaniza. Pero esto no es tan fácil porque el orden establecido publicita por todos los medios el camino de la cualificación para obtener el éxito, sacrificando, sin embargo, la realización auténticamente humana que se da, insistimos, en la entrega de nosotros mismos gratuita, horizontal, abierta y sin excluir a nadie.

1.2. Para llegar a ser humanos tenemos que caminar juntos:

Así pues, el camino de humanización es un camino realizado con otros: recibiendo su entrega personal⁶ y entregándonos nosotros mismos.

Es cierto que existen y siempre existirán diferencias en capacidad, en poder, en posesión, en influencia. Pero esas diferencias no pueden convertirse en fuente de jerarquización y discriminación. En lo fundamental todos somos seres dignos y nos tenemos que tratar así, lo que implica que las diferencias tienen que traducirse en un servicio más cualificado y no en creerse superior a otros y discriminarlos e incluso explotarlos y excluirlos.

Así pues, "caminar con" no significa solo que todos habitamos a la vez un mismo espacio y ni siquiera que estamos bajo las mismas leyes y el mismo pacto social. Tampoco significa que un líder o una organización o un proyecto nos uniformice en torno a sí. Caminar juntos, tal como lo propone Jesús de Nazaret, no es seguirlo dejando de ser uno mismo y convirtiéndose en una masa uniforme en torno a sí de manera que todos digan, piensen y sientan lo mismo, es decir, las consignas que les da él.

Hay certeza histórica de que ése no fue el liderazgo de Jesús. Él hablaba en el templo ante miles de judíos y los soldados observaban desde la torre Antonia. Si Jesús hubiera galvanizado a la gente convirtiéndola en una unidad compacta en torno a sí, que coreaba sus gestos y sus consignas, ahí mismo lo hubieran matado porque ese entusiasmo masivo que provocaba era un gravísimo peligro latente para la seguridad. Pero no hicieron nada porque Jesús no daba qué pensar: consignas; sino daba que pensar: buscaba que la gente le echara cabeza a lo que él proponía para que llegara a tomar decisiones por su propia cuenta. Jesús no masificaba a la gente, sino que la personalizaba.

Así pues, caminar juntos no es convertirse en una masa uniforme. Significa concretamente que vivimos abiertos a todos, con respectividad positi-

⁶ Siempre comenzamos recibiendo: somos hijos.

va, que ponemos en común nuestros haberes para formar cuerpos sociales personalizados y que tratamos con todos fraternalmente: a nuestros padres como hermanos padres, a nuestras esposas como hermanas esposas, a nuestros hijos como hermanos hijos, a nuestros compañeros y amigos como hermanos compañeros y amigos, a los desconocidos como hermanos desconocidos y a nuestros adversarios como hermanos adversarios.

Creo que queda claro lo decisivo que es caminar y caminar por el camino de la humanización y caminar juntos. Pero también queda claro que ése no es el camino propuesto por el orden establecido y que por eso elegir este camino tiene costos permanentes, que tenemos que estar dispuestos a pagar, si queremos ser realmente humanos.

2. LA SINODALIDAD EN EL CRISTIANISMO

2.1. Caminar con todos como hermanos desde el corazón de Jesús:

Pero para nosotros los cristianos el sentido de camino tiene una explicitud mayor: se trata de caminar juntos porque Jesús nos ha unido en su corazón. Para hacernos cargo cabalmente de lo que esto significa tenemos que remontarnos al acontecimiento en el que esto se manifestó. Se trata del bautismo de Jesús. Juan bautizó a Jesús. El bautismo del Juan era de penitencia con miras al último y definitivo enviado de Dios, que según él iba a venir a juzgar a cada uno. Como Dios no quería condenar a nadie, envió a Juan por delante para que todos se convirtieran. Y en efecto, la mayoría del pueblo acudió en masa a ser bautizado. El rito consistía en que Juan estaba en el río donde cubría bastante. La gente estaba en fila y el que le tocaba se adelantaba hasta Juan, confesaba sus pecados y Juan lo sumergía en el río y luego lo levantaba de nuevo. El que se "ahogaba" era el pecador y el que salía del agua era el que había confesado sus pecados y estaba resuelto a vivir como Dios manda.

Pues bien, Jesús se puso en la cola y cuando le tocó el turno confesó los pecados con más dolor que todos los pecadores juntos de la historia. Los confesó en primera persona de plural porque nos había metido a todos en su corazón y en su centro estaba su Padre. Al subir del río, dice el evangelio, vio cómo el cielo se abría, es decir cómo su Padre había aceptado su confesión y había perdonado al Hermano universal. Así pues, mientras Jesús no nos eche de su corazón estamos perdonados y no nos echará porque prefirió morir como Hermano a seguir en vida prescindiendo de nosotros. Por eso cuando

su Padre lo recreó en su seno, recreó al Hermano: en él estamos ya realmente en la comunidad divina⁷.

Si yo me acepto en el corazón de Jesús, vivo, camino, en seguimiento suyo y camino con los demás, que son todos, que están conmigo en el corazón de Jesús. Si excluyo a alguien, yo me autoexcluyo de su corazón, porque él no va a echar al que me cae mal.

Un cristiano consecuente camina desde el corazón de Jesús, es decir como hermano suyo y por tanto siguiéndolo. Y por eso camina con todos, a quienes considera como hermanas y hermanos en Cristo, que es el que nos hermana. Por eso para un cristiano consecuente caminar con todos es una misión sagrada, porque es sagrada su condición de hermano de todos. Ya explicitamos que esa relación fraterna es diversificada: es distinto ser hermano de un cristiano que ser hermano de mi esposa, que ser hermano de un desconocido o de un adversario. Pero en todos los casos lo absoluto es ser hermano y la otra cualificación tiene que remodelarse para ser buena conductora de esa condición fraterna.

Como vemos la sinodalidad para un cristiano es una característica esencial. Si no camina con todos, no es cristiano. Pero además para serlo consecuentemente tiene que caminar como hermano en Cristo, que es distinto que hermano de sangre o de complacencia o de interés. Se trata específicamente de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios en Jesús, que es el Hijo único de Dios y el Hermano universal. Y, por tanto, de una fraternidad que se va dando en su seguimiento y con su mismo Espíritu.

Así pues, la primera referencia de la fraternidad cristiana es que es universal. La razón es que Jesús nos lleva en su corazón a todos. Se trata de caminar hacia una verdadera familia de pueblos en la que todos seamos auténticamente hermanos y nos ayudemos como tales en una sinergia constante, transida de emulación. Así pues, la sinodalidad supone la sinergia, la confluencia de esfuerzos. Y la sinergia hacia una meta que no existe (la familia de pueblos), pero que no es algo caprichoso, sino que entraña hacer justicia a la realidad, haciéndola que dé de sí superadoramente. Así pues, se trata de un camino mancomunado, en el que cada quien pone lo mejor de sí, y constructivo, creativo.

Pero como no se construye de la nada sino desde una situación, desde una institucionalidad que niega absolutamente la fraternidad, ya que solo concibe individuos que se relacionan con los que quieren, para lo que quieren y

⁷ Trigo, *Jesús nuestro hermano*. Sal Terrae, Maliaño 2018,34-43.

mientras lo quieran, este caminar tiene que vencer obstáculos formidables. Requiere, en palabras de la Comisión Teológica Internacional, “el tránsito pascual del “yo” entendido de manera individualista al “nosotros” eclesial, en el que cada “yo”, estando revestido de Cristo (cfr. Gál 2,20), vive y camina con los hermanos y las hermanas como sujeto responsable y activo en la única misión del Pueblo de Dios”. “Sin conversión del corazón y de la mente, y sin un adiestramiento ascético en la acogida y la escucha recíproca, de muy poco servirían los mecanismos exteriores de comunión, que podrían hasta transformarse en simples máscaras sin corazón ni rostro”⁸.

Ahora bien, desde esta perspectiva cristiana de la fraternidad universal ¿qué papel específico juega la fraternidad entre los cristianos?

2.2. Sacramento y embrión del mundo fraterno de los hijos de Dios que Jesús vino a convocar, caminando con todos desde los de abajo:

Ser cristiano es seguir explícitamente a Jesús de Nazaret como discípulo enviado a proseguir su misión en la comunidad de hermanas y hermanos que tiene su origen en los llamados por el mismo Jesús, a los que se les apareció resucitado. Nosotros también hemos escuchado su mensaje, hemos creído en él y nos hemos unido al grupo para vivir en él como hermanas y hermanos en Cristo, escuchando su Palabra en los santos evangelios y recibéndolo en la Cena del Señor para que, viviendo de él, podemos dar a otros la vida que él nos da. Así pues, caminar juntos es para nosotros escuchar juntos al Maestro en los santos evangelios para poder hacer en nuestra situación el equivalente de lo que él hizo en la suya y participar juntos de él en la Cena del Señor (1Cor 11,20) para formar el cuerpo de Cristo en el que cada quien contribuye con el don recibido.

Esta comunidad de hermanas y hermanos es su visibilidad en la historia y la que prosigue explícitamente su misión. Por eso no puede ser una comunidad autocentrada y proselitista. Tiene que vivir encarnada, como Jesús de Nazaret, en su situación y encarnada desde los de abajo; es decir, tiene que hacerse hermana de todos desde los pobres y sin excluir a nadie. Es decir, que la sinodalidad dentro de la comunidad cristiana tiene que expresarse como fraternidad universal. La comunidad no puede estar instalada: tiene que seguir a Jesús, tiene que vivir en el camino y no puede caminar para conquistar sino para entregarse como su Maestro y con su Espíritu.

⁸ oc 107.

¿Por qué en este camino buscamos andar juntos? Las razones son múltiples y convergentes. Pero, sobre todo, porque nuestra meta y por tanto nuestro horizonte y nuestro programa es hacer de este mundo insolidario la única familia de las hijas e hijos de Dios en Jesús de Nazaret, el Hijo único y el Hermano universal. Esta es su misión, según el cuarto evangelio: Jesús “ha venido a reunir en uno (es decir en una sola familia) a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52). Obviamente esta meta no puede reducirse a una proclamación, aunque sea completamente convencida. Si el modo de producción determina el producto, eso significa que solo quienes marchan juntos pueden proponer hacer de la humanidad una familia de pueblos. Por eso lo primero que hizo Jesús fue reunir un grupo de discípulos (Jn 1,35-51; Mc 1,16,20), porque solo un grupo realmente fraterno puede convocar la familia de las hijas e hijos de Dios y por eso mismo en la misión les pidió que fueran de dos en dos (Mc 6,7; Lc 10,1). Marchar juntos sería así el embrión de ese pueblo fraternal.

Hoy este objetivo es especialmente relevante porque el mundo no marcha en esta dirección sino en la opuesta de buscar cada quien su provecho privado desconociendo el bien común. Por eso el papa nos insiste: “El mundo en el que vivimos, y que estamos llamados a amar y servir también en sus contradicciones, exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en todos los ámbitos de su misión. Precisamente el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”⁹.

Obviamente que eso sucede, si el caminar juntos no es en la práctica un modo de vivir cerrado, corporativo, si no absolutizamos nuestra condición de pueblo de Dios, si la vivimos al servicio de la misión¹⁰, en concreto como sacramento de unión de todo el género humano: “la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”¹¹. Eso solo será posible si en la Iglesia la sinodalidad se da, ante todo, al nivel básico de nuestra condición común de cristianos, que es la condición absoluta, sagrada y eterna, a cuyo servicio están las distintas vocaciones y carismas, que solo son lo que Dios quiere, si efectivamente están arraigados en esta primera comunión o eclesialidad, que consiste en caminar juntos como cristianos.

⁹ “Conmemoración del 50 aniversario de la institución del sínodo de los obispos”. Aula Pablo VI, 17 oct 2015.

¹⁰ “En la Iglesia, la sinodalidad se vive al servicio de la misión” (Comisión Teológica Internacional, oc 53).

¹¹ Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática sobre la Iglesia”, n°1.

Ahora bien, si se da esta primera eclesialidad de llevarnos mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en la vida, el ejercicio asiduo de las distintas vocaciones cualifica enormemente esta primera eclesialidad. El pueblo de Dios según el Vaticano II, lo constituimos todos los cristianos y por tanto incluye las tres vocaciones: jerarquía, vida religiosa y laicado. Es conveniente insistir desde el comienzo que caminar juntos supone para cada miembro del pueblo de Dios hacerse cargo de que esa pertenencia compartida, tiene prioridad sobre su vocación específica que está toda en función de ese caminar común. Dice la Comisión Teológica Internacional refiriéndose al documento conciliar sobre la Iglesia: “La secuencia: Misterio de la Iglesia (cap. 1), Pueblo de Dios (cap. 2), Constitución jerárquica de la Iglesia (cap. 3), destaca que la jerarquía eclesial está puesta al servicio del Pueblo de Dios con el fin de que la misión de la Iglesia se actualice en conformidad con el designio divino de la salvación, en la lógica de la prioridad del todo sobre las partes y del fin sobre los medios”¹². Así pues, si se da esta secuencia, si la jerarquía sirve horizontalmente al pueblo de Dios sintiéndose formando parte de él, todo él se potencia.

Pero el papa reconoce que “caminar juntos —laicos, pastores, Obispo de Roma— es un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es tan fácil ponerlo en práctica”. La razón es que, como la Iglesia está en este mundo, tiende a imitar inconscientemente el estatuto jerárquico, en el sentido de piramidal, de nuestra sociedad. Pero insiste en que “debemos proseguir por este camino” porque “el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”¹³. “Porque la Iglesia no es otra cosa que el ‘caminar juntos’ de la grey de Dios por los senderos de la historia que sale al encuentro de Cristo el Señor— entendemos también que en su interior nadie puede ser ‘elevado’ por encima de los demás. Al contrario, en la Iglesia es necesario que alguno ‘se abaje’ para ponerse al servicio de los hermanos a lo largo del camino” (id). Por eso, por contraste con esta sociedad piramidal, explica: “En esta Iglesia, como en una pirámide invertida, la cima se encuentra por debajo de la base. Por eso, quienes ejercen la autoridad se llaman ‘ministros’: porque, según el significado originario de la palabra, son los más pequeños de todos. Cada Obispo, sirviendo al Pueblo de Dios, llega a ser para la porción de la grey que le ha sido encomendada, *vicarius Christi*[20], vicario de Jesús, quien en la Última Cena se inclinó para lavar los pies de los apóstoles (cf. Jn 13,1-15).

¹² Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad* en la vida y en la misión de la Iglesia, 2018, 54.

¹³ Papa Francisco, “Commemoración del 50 aniversario de la institución del sínodo de los obispos”. Aula Pablo VI, 17 oct 2015.

Y, en un horizonte semejante, el mismo Sucesor de Pedro es el *servus servorum Dei*" (id), es decir el siervo de los siervos de Dios. Esta especificación de la autoridad como servicio la encuentra confirmada en la vida de Jesús y también en sus palabras en las que pide a sus apóstoles que se desmarquen radicalmente del orden establecido: "ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser primero, que se haga esclavo" (Mt 20,25-27). 'Entre ustedes no debe suceder así': en esta expresión alcanzamos el corazón mismo del misterio de la Iglesia —'entre ustedes no debe suceder así'— y recibimos la luz necesaria para comprender el servicio jerárquico" (id).

El ejemplo más claro que tenemos a mano son los que han sido llamados con toda razón los modernos Padres de la Iglesia Latinoamericana: desde Proaño a Romero pasando por Angelelli, Alvear, Helder Camara, Lorscheider...¹⁴. Todos ellos se sintieron en el seno de su pueblo y muy agradecidos de lo que recibían de él y por eso también le aportaron muchísimo, casi se puede decir que lo marcaron con su servicio, tan perseverante y ajustado a la realidad, que fue capaz de poner en pie a esos pueblos postrados o, mejor, ayudarlos eficazmente a que tomaran las riendas de su vida y asumieran su condición de sujetos fraternos y filiales.

2.3. *Caminamos al encuentro con Jesús de Nazaret y él es nuestro camino*

Ahora bien, todavía el sentido del camino tiene otra connotación bien precisa para nosotros los cristianos: caminamos al encuentro con Jesús de Nazaret, el que nos hace hermanos e hijos de Dios y que vive en el seno del Padre, en la comunidad divina, no solo como Hijo único y eterno del Padre sino como Hermano nuestro, que nos lleva realmente en su corazón y nos destina a participar en él de la comunidad divina. Así pues, para nosotros el camino no acaba en la muerte sino en la comunidad divina.

¹⁴ Comblin dedica varios trabajos a estudiarlos y rendirles homenaje. El primero, más conceptual, en "Los obispos de Medellín". En *10 palabras sobre la Iglesia en América Latina*. Estella, Editorial Verbo Divino, 2003,41-77, el segundo, más vivencial, es su contribución al homenaje que se le tributó con motivo de sus ochenta años de edad, titulado, significativamente *Saudades da América Latina*. El libro homenaje lleva por título *A esperança dos pobres vive*. Sao Paulo, Paulus 2003,721-732. Ver además Id. "Los Santos Padres de América Latina". RLT 65 (ma-ag 2005)163-172.

Creo que este sentido de la vida como camino hacia el encuentro definitivo con Jesús, que era tan fuere antaño en la Iglesia, hoy está bastante desvaído. Y, si en verdad Jesús es nuestro Señor, como nuestro Hermano, encontrarnos definitivamente con él sí tiene que ser la meta entrañable de nuestra vida. Ahora, no una meta que deje de lado lo demás, porque aquí estamos cumpliendo su encargo de hacer de esta humanidad, que se desconoce, el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Y además porque nos encontraremos con él como Hermano de todos, luego en él nos encontraremos con todos.

Más aún, para nosotros, los cristianos, él no es solo nuestro destino sino el Camino por el que vamos (Jn 14,4-6). Por eso vamos en su seguimiento y nos definimos como seguidores suyos. No como imitadores, porque en la imitación no cabe autenticidad ni plenitud humana. La imitación no nos humaniza.

Y, además, como las situaciones son distintas, la imitación falsearía lo que pretendió él en su vida. No tratamos de hacer lo mismo que él, sino lo equivalente en nuestra situación. Se trata, pues, de seguirlo con fidelidad creativa. Buscamos hacer en nuestra situación lo equivalente de lo que él hizo en la suya. Y él, ya lo hemos dicho, se encarnó en su pueblo por abajo y vino a reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn 11,52) de tal manera que la llamada a cada uno, la vocación, es en realidad una convocación: una llamada a caminar juntos como hermanas y hermanos sembrando la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, hasta que estemos todos en su corazón en la comunidad divina como hijos en el Hijo.

Todos estos sentidos están recogidos en esta cita del documento aludido de la Comisión Teológica Internacional: "La sinodalidad manifiesta el carácter peregrino de la Iglesia (...) expresa su dimensión social, histórica y misionera, que corresponde a la condición y a la vocación del ser humano como *homo viator*. El camino es la imagen que ilumina la inteligencia del misterio de Cristo como el Camino que conduce al Padre. Jesús es el Camino de Dios hacia el hombre y de estos hacia Dios. El acontecimiento de gracia con el que Él se hizo peregrino, plantando su tienda en medio de nosotros (Jn 1,14), se prolonga en el camino sinodal de la Iglesia"¹⁵.

¹⁵ Oc, 49.

3. LA SINODALIDAD EN LA IGLESIA VENEZOLANA ACTUAL

Después de explicar por qué como seres humanos tenemos que vivir en camino y tenemos que caminar juntos y cuál es la especificidad cristiana de este camino y su contribución al caminar de la humanidad vamos a referirnos a cómo nos concierne esto como cristianos venezolanos. Todo el rato hemos estado hablando de nosotros, que somos seres humanos y cristianos y por eso nos hemos extendido, además de por la novedad del tema.

Veamos ya lo específico de nuestra situación.

En el ámbito de nuestra Iglesia venezolana subrayaríamos tres aspectos.

3.1. El pueblo cristiano en gran medida se evangeliza a sí mismo:

El primero, el más constante y decisivo y muy característico de nuestra Iglesia, es la capacidad que ha tenido nuestro pueblo para transmitir su fe en su medio y vivirla conjuntamente. Desde la colonia, fuera de unas pocas ciudades, en las que abundaron, siempre han escaseado los presbíteros. Por ejemplo, la diócesis de Guayana, que abarcaba todo el oriente, a fin de la colonia tenía como ciento diez parroquias. Pues bien, cuando llegó el primer obispo nombrado después de la guerra de la emancipación (1828), se encontró con que únicamente había diez curas, cinco bastante enfermos. Le agarró tal depresión que se regresó a Caracas. Esto implica que, si los orientales son cristianos, como la mayoría, en efecto, lo son, además de por la gracia de Dios, lo son porque ellos tomaron el cristianismo en sus manos.

Otro ejemplo, en el Concilio Plenario Venezolano, hablando de este tema en el grupo en que yo estaba, el cardenal Velasco contó su experiencia: en su Estado natal, Portuguesa, cuando él era adolescente solo había dos curas y además, dijo, no había vías de comunicación; era elemental que la mayoría de los cristianos muy pocas veces en su vida tenían contacto con alguno de ellos y sin embargo, eran cristianos y vivían el cristianismo en pacífica posesión, y lo mismo, aseguraba, pasaba en Barinas, donde también había solo dos curas. Este testimonio personal confirma que el pueblo venezolano se las ha arreglado para vivir comunitariamente su fe y trasmitírsela. Nunca lo ha hecho sectariamente. Siempre ha estado abierto a la institución eclesíástica, pero es cierto que en gran parte ha prevalecido el llevarse unos a otros en su fe, en su amor fraterno, y en su vida cristiana.

Pero hay que decir que esta experiencia se cualificaría mucho si se diera una mayor sinodalidad de la institución eclesial con el pueblo creyente y pobre. Así se evidenció en nuestra Iglesia postconciliar.

3.2. Una experiencia ejemplar de la que algo queda:

Lo segundo que quisiera decir es que los que en nuestro país recibieron el concilio Vaticano II a través de sus documentos y de la recepción autorizada y carismática de Medellín y Puebla sí ejercitaron con toda asiduidad la primera eclesialidad y desde ella aportaron mucho al pueblo cristiano, sobre todo a través de la inserción inculturada en su medio. Hubo una verdadera floración de comunidades eclesiales de base y de ellas surgieron muchos grupos y organizaciones populares y a través de esta práctica cristiana mucha gente popular creció mucho humanamente. Entre esos promotores hubo curas seculares, pero, sobre todo, fue la vida religiosa, predominantemente femenina, la que se insertó en barrios y comunidades rurales. Tenemos que decir que no hubo desviaciones ideológicas graves ni escándalos, sino que todo trascurrió predominantemente con buen espíritu.

El problema fue que desde mediados de los ochenta esos agentes pastorales fueron envejeciendo y los reemplazos no fueron suficientes para suplir y además se dio una fuerte crisis económica y se abandonaron muchas inserciones. Por eso en los primeros años de este siglo el chavismo se hizo cargo de no pocas de esas organizaciones. Y el pueblo quedó cristianamente bastante desamparado. Aunque sí quedan comunidades insertas y servidores cristianos del pueblo en relaciones mutuas.

3.3. El influjo del papa Francisco

Lo tercero que hay que notar es que desde hace unos años se viene percibiendo el influjo del papa Francisco, tanto de sus enseñanzas y de su práctica, de su conducción, realmente sinodal, basada ciertamente en la práctica asidua de la primera eclesialidad¹⁶, como a través de sus nombramientos episcopales

¹⁶ Por esta práctica asidua puede escribir: "hemos experimentado de manera cada vez más intensa la necesidad y la belleza de 'caminar juntos'" ("Commemoración del 50 aniversario de la institución del sínodo de los obispos". Aula Pablo VI, 17 oct 2015). Quiero insistir que si no se experimenta la belleza de caminar juntos, difícilmente nos decidiremos a vivir de este modo, aunque estemos convencidos de su necesidad.

que están dando el tono al episcopado y poco a poco a toda la Iglesia. Hay que decir que el episcopado venezolano vive muy modestamente, algunos incluso pobremente, como no pocos curas, y tiene un contacto asiduo con el pueblo venezolano. No se sienten ni lo son “príncipes de la Iglesia” sino servidores del pueblo de Dios en orden a su humanización integral, cuyo paradigma es Jesús de Nazaret. No todos tienen una teología renovada según el Vaticano II, pero sí tienen esa sensibilidad y esa práctica, más cercana a Jesús de Nazaret que a un funcionario de una institución religiosa o, como se dice, a un “dignatario eclesiástico”. Están de acuerdo con el papa en que la acción pastoral no vaya dirigida al provecho de la institución eclesiástica sino al servicio de la gente, al servicio de la vida y de la humanidad; y también comparten con él que la relación no puede ser unidireccional ni vertical sino horizontal y mutua, aunque este punto diste mucho de estar institucionalizado.

La institución eclesiástica y las instituciones de la Iglesia se vienen dedicando sobre todo y de manera ejemplar, porque además de eficaz es muy humana, a la labor humanitaria: dar comida, educación, albergue y asistencia médica a mucha gente. Tal como está la situación es un trabajo imprescindible, que, además, como se hace con buen espíritu, es decir haciendo agentes a los destinatarios, hace mucho bien.

3.4. La tarea más decisiva:

Pero creemos que, tal como está nuestra situación, lo más imprescindible y que solo se puede llevar a cabo sinodalmente es contribuir a adensar a los sujetos, a ayudar a las personas para que cada día sean más consistentes. La situación es tan desgastante y la presión del gobierno es tan brutal y despiadada que solo sujetos consistentes la pueden afrontar sin rendirse ni tomar posturas resentidas. Insistimos que estos sujetos existen y son el mayor tesoro de esta hora menguada. Pero hay que incrementarlos y trabajar incesantemente porque se afinquen en esa actitud de fondo tan digna. Ahora bien, a nivel cristiano es obvio que el único modo de ser genuinamente consistentes es ser con-sistentes, es decir, vivir con los demás como verdaderos hermanos, como hijos que somos todos del mismo Padre en Jesús, su Hijo único que se hizo nuestro Hermano incondicional.

La situación provoca el desgaste, el desánimo y la bronca, la animadversión, incluso el odio. Por eso sin un trabajo muy decidido sobre sí mismo para vivir congruentemente la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, sere-

mos parte del problema, no de la solución. Eso es lo que realizan los pobres con espíritu y esa es la propuesta más a fondo para la Iglesia venezolana hoy, para todos los cristianos, si queremos ser actores relevantes en la alternativa superadora que reclama el país. Pero, además, si todos estamos realmente en el único corazón de Jesús, nuestra respuesta a su amor convocante, siendo siempre personal, no puede llevarse a cabo sino como convocados, como quienes nos consideramos en él hermanos de todos sin dejar de lado a nadie¹⁷.

3.5 Contenido de la conversión pastoral:

Creemos que todavía queda mucha inercia en esa idea ambiental que sostenía que el párroco es el que, en definitiva, manda en su parroquia y que en ella se hace lo que él diga. Tal vez sea la idea y más todavía el imaginario que asimilan bastantes seminaristas y la que tienen introyectada los laicos clericalizados y de la que están imbuidos no pocos párrocos.

Por eso es especialmente decisivo que continúe la renovación en el episcopado y que los obispos bajen la vivencia sinodal, no solo a su acción pastoral, sino a la clerecía y particularmente a los formadores de los seminarios y a los promotores de vocaciones y a los seminaristas.

Lo fundamental es cambiar la vivencia cristiana, que consiste en hacerse cristiano con los laicos, llevándose mutuamente en su fe, en su caridad y en la vida cristiana. Y desde esa vivencia de base, hacerse cargo de cuál es su aporte para cualificar esa sinodalidad, no, de ningún modo, para relativizarla ni menos aún para quebrarla.

Ahora bien, para que se pueda hacer este camino tiene que valorarse el caminar juntos, tiene que valorarse tanto que lleguen a practicarlo con toda asiduidad como algo imprescindible para su hacerse cristiano y humano.

3.6. No hay sinodalidad cristiana sin sinodalidad con los pobres

Estamos convencidos de que nunca habrá sinodalidad en el seno del pueblo de Dios mientras no haya sinodalidad del pueblo de Dios con los pobres de la tierra¹⁸. En alguna circunstancia, por ejemplo, por encontrarse los cristianos en minoría, siendo además mal vistos, podría darse espíritu de cuerpo

¹⁷ Trigo, *Jesús nuestro hermano*. Sal Terrae, Maliaño 2018, 41-43.

¹⁸ Trigo, "Sinodalidad con el pueblo". En Luciani/Silveira, *La sinodalidad en la vida de la Iglesia*. San Pablo, Madrid, 2020, 213-242

entre ellos sin que hubiera solidaridad con los pobres, pero ese espíritu de cuerpo ya no sería sinodalidad cristiana.

La razón ya la hemos expuesto: Jesús se encarnó por abajo: se solidarizó con todos desde la solidaridad con los pobres de su tierra. Se solidarizó tanto con ellos que les dio derecho sobre su espacio y su tiempo, sobre su persona: era de ellos y ellos lo asumieron como suyo y se entregaron a él. Y por eso por dos veces se dice que no tenía espacio ni tiempo para comer (Mc 3,20;6,31) y en el único momento en que aparece en el evangelio que se retira a descansar con sus compañeros, la gente lo ve, se les adelanta corriendo y cuando Jesús llega al lugar se encuentra una gran muchedumbre que lo espera ansiosa. Y él se dedica a enseñarles largamente y luego, cuando atardecía, les da de comer (Mc 6,30-44). Como se ve, una sinodalidad absoluta como expresión de la entrega a ellos de su Padre. Por eso lo que se haga o deje de hacer con ellos se hace o se deja de hacer con el propio Jesús (Mt 25,34-40).

La experiencia latinoamericana lo corrobora palmariamente: ha habido solidaridad entre los pastores y el resto del pueblo de Dios en aquellas diócesis en las que el obispo marchó con los pobres, siguiendo el ejemplo de Jesús de Nazaret, por ejemplo, la de Hélder Camara o la de Angeleli o la de Alvear o la de Proaño o la de Romero y tantas otras.